

Entrevista con D. Antonio Ruiz de Elvira Prieto (otoño de 1991; entrevistador: Vicente Cristóbal)*

El profesor Ruiz de Elvira, ahora ya jubilado y al que muchos recordamos gratamente por sus clases de Mitología, de Literatura Latina y Comentario de Textos, así como por su traducción de las *Metamorfosis* de Ovidio y por su magnífica *Mitología Clásica*, contesta al cuestionario que le hemos presentado y nos ofrece con ello una semblanza biográfica e ideológica.

—Ahora que está usted jubilado, ¿se siente motivado todavía hacia la investigación?

—No sólo *todavía*, sino **más que nunca**, al tener más tiempo y al ver las cosas también mejor, en su conjunto, como desde la cima de una montaña, y en los detalles, mejor relacionados cuanto más numerosos: poco es lo que se olvida siendo importante, y por eso el progreso **personal** en el saber es incesante, cada vez más enriquecedor y fructíferamente cumulativo.

Es cierto que las clases, perdidas por la jubilación, ya no están ahí para constituir el también incesante estímulo de los problemas y las bellezas que saltan casi de minuto en minuto en la exposición ante los alumnos, y en sus reacciones; pero subsisten en la vida del jubilado otros infinitos estímulos que de hecho compensan enteramente aquella pérdida, sobre todo cuando la disposición investigadora, la curiosidad inagotable inherente al intelectual (sólo un poco más que al ser humano en general) va acompañada de la diligencia y energía necesarias para no quedarse en mero "me gustaría saber" (el horaciano *scire velim*, tan socarrón), y pasar a molestarse en descubrir, ave-

* Publicada en el Boletín de la Delegación de Madrid de la SEEC 16 (diciembre 1991), pp. 97-104.

riguar y comprobar, en relacionar, en poner en tela de juicio, en corregir o rectificar, en matizar, en no aceptar sin más las doctrinas y las ideas sólo porque sean comúnmente aceptadas o porque estén avaladas por alguna autoridad: es el **escepticismo metódico**, por mí (y por otros infinitos) utilizado desde niño, por mí especialmente propugnado desde *Humanismo y sobrehumanismo* (sobre todo en pp. 76, 90, 93), y tan alejado del escepticismo dogmático de Kant (no menos dogmático que el de Gorgias o el de Pirrón) como del dogmatismo pretendidamente infalible y sabelotodo de las "zafias ruedas de molino" de Marx, Freud y algunos de sus seguidores actuales (¡todavía!).

Es ese afán insobornable por la verdad y por la libertad, maravillosamente expuesto por Popper a lo largo de cincuenta o sesenta años, pero del que muchos se han enterado ahora, cuando está a punto de cumplir los noventa.

Es el *amicus Plato, sed magis amica veritas* (en *Humanismo y sobrehumanismo*, p. 74; no está, en latín, en el tomo II *Clericus* de Erasmo, ni en Mexía ni en los *Sprichwörter... der Römer* de Otto, ni en el *Du Cange*, ni en el reciente y gigantesco *Index Thomisticus* Pauli VI iussu; sí está, en latín, y como proverbio medieval, en Walther, *Prov. sententiaeque Latinit. M. Ae.*, núm. 962, con esa forma, y en el mismo Walther, *Lat. Sprichw. u. Sent. d. Mitt.*, núm. 728 con la forma "Amicus Plato, amicus Socrates, sed prehonoranda veritas", tomada de *Adagia, id est Proverbiorum... Collectio absolutissima*, Francofurti 1646; en la forma común, que es la de Walther *Prov.. M. Ae.*, está, antes de esos *Adagia...* de Frankfurt, en el *Quijote*, II 51, en la carta de Don Quijote a Sancho gobernador, y quizá en alguna de las colecciones de refranes que más abajo menciono, pero dudo mucho que en ninguna de ellas venga explicado su *origen*, y habría que averiguar cuándo y de dónde salió, en latín, esa famosísima sentencia; me quedan por ver, entre otros muchos textos, algún posible suplemento de Adagios en los restantes nueve tomos del Erasmo *Clericus*, *Ravisio Textor*, y la *Celestina*; en griego, en cambio, está casi once siglos antes del *Quijote*, no en el *CPG* de Leutsch y Schneidewin, pero sí nada menos que en el grandioso Juan Filópono, *De aetern. mundi* VI 8, p. 144, 16-20 Rabe, y es en la traducción latina, princeps al parecer, de esa obra, a saber, la de Mahotio, Lugduni 1557, p. 65, donde se encuentra, con la adición de *quidem* e inversión de *magis amica* en *amica magis*, el más antiguo testimonio latino que conozco, por lo que antes he detallado y por no mencionar el Walther *Prov.* de dónde la ha tomado, de esta famosísima sentencia: "Amicus quidem Plato, sed amica magis veritas"; la, al parecer también princeps, edición griega del *De aetern. mundi*, es la de Ven. 1535, y en ella se encuentra, en efecto, casi exactamente igual que en la de Rabe de 1899: ἐκεῖνο δὲ τὸ πολυθρύλλητον..., ὡς φίλος μὲν Πλά-

τῶν φιλτέρα δὲ ή ἀληθεία; Filópono, pues, aplica a Platón, y como algo muy conocido y repetido, ἐκεῖνο δὲ τὸ πολυθρύλλητον, *omnium sermone tritum illud* en la traducción de Mahotio, y quizá como sentencia o proverbio que resume el pasaje aristotélico 1096 a 11-16 que cito *infra*, algo que Platón aplicaba a su maestro Sócrates, a saber, φίλος μὲν Σωκράτης, ἀλλὰ μᾶλλον φιλτάτη ή ἀληθεία segúrn la anónima *Vita vulgata* de Aristóteles, parágrafo 9 Düring = p. 438, 28 s. Rose, y "amicus quidem Socrates, sed magis amica veritas", en la *Vita Latina*, p. 447, 2 s. Rose, idea que a su vez se basa en el ύμενος μέντοι, ἀνέμοι πειθησθε, σμικρὸν φροντίσαντες Σωκράτους, τῆς δὲ ἀληθείας πολὺ μᾶλλον del propio Sócrates a Fedón en el *Fedón* 91 b-c, y, más remotamente, con referencia de Sócrates a Homero, en el οὐ γὰρ πρό γε τῆς ἀληθείας τιμητέος ἀνήρ de *Resp.* 595 c; y en el ἀμφοῖν [a saber, la doctrina platónica de las ideas, que es de un amigo querido, por una parte, y la verdad por otra] γὰρ ὄντοιν φύλοιν ὅσιον προτιμῶν τὴν ἀληθείαν de Aristóteles en la *Ética a Nicómaco* 1096 a 16), y es la libertad de no respetar lo que no es respetable conforme la tengo expuesta en "La herencia del mundo clásico", pp. 209 s. del libro colectivo *Pautas para una seducción*, Alcalá de Henares 1990.

Es la libertad, y son tanto la libertad en general como ésa en particular, amadas y practicadas por mí durante toda mi vida, las que, juntamente, como digo, con el también indefectible amor a la verdad, han sido siempre, y lo son hoy más que nunca por lo que antes dije, los más poderosos acicates para mi labor investigadora: son ellas, la libertad y la verdad, las que me han hecho despreciar las utopías y amar el catolicismo, por su grandeza intelectual, a la vez que estética, frente a la pequeñez y miseria de los sucedáneos inventados por ciertos "filósofos" y "científicos" (así, entre comillas, porque no lo eran en absoluto en esas ridículas invenciones) desde el siglo XVIII hasta hoy: "de aquellos polvos vinieron estos lodos", refrán, por cierto, cuyo origen no he podido averiguar a pesar de estar, en lo esencial aunque no como proverbio, en el μαρτυρεῖ δέ μοι κάσις πηλοῦ ξύνοντος διψία κόνις τάδε del *Agamenón* de Esquilo, vv. 494 s., que docenas de veces he comentado en clases y conferencias, y que tengo citado en *CFC I*, 1971, p. 104; nada interesante hay sobre esos versos en el Fraenkel ni en los demás comentarios de Esquilo, y no se encuentra nada parecido en el *CPG* de Leutsch y Schneidewin, ni en Erasmo, ni en Mexía, ni en Walther, ni en Lycosthenes (no ya sólo en los *Apophthegmata* ni en los *Facetiarum exemplorumque libri* Brusonii y demás obras menores de Wolffhart, sino tampoco en el imponente y colosal *Theatrum vitae humanae*, cuya edición parisina de 1571 tiene un prólogo que termina con una cita horaciana de memoria, pues

estropea el hexámetro *Vive, vale. Si quid novisti rectius istis* de Hor. *epist.* I 6, 67, citándolo como *Vive et vale:..., al que añade el siguiente y último verso de esa epístola, candidus imperti: si non, his utere mecum*, pero en el que se encuentran infinitos datos poquísimamente conocidos, como, en p. 491 de las primeras 1168 columnas, la quema de sus propias naves por **Timarco** que tengo comentada en *CFC IX*, 1975, pp. 21-23); y tampoco se encuentra explicación alguna del *origen* de ese refrán español en Caro y Cejudo ni en Horozco ni en Covarrubias ni en Hernán Núñez ni en Sánchez de Vercial ni en Correas ni en Blasco de Garay ni en Sanz ni en Vallés ni en Tuningio. Y son, igualmente, esos amores a la verdad y a la libertad los que, ya estrictamente en filología clásica y en historia antigua, me han hecho abominar siempre de las conjeturas, sobre todo en crítica textual y en crítica de fuentes, no en cuanto tales conjeturas, sino en la medida en que sus autores o autores traten de imponérnoslas como certezas; pues, así como el escepticismo metódico, que arriba he descrito como equidistante del escepticismo dogmático y del dogmatismo absoluto, consiste, en filosofía, axiología y estética, en saber que sabemos muchas cosas pero que ignoramos muchísimas más, aun aspirando, *siempre*, a saberlas todas (y sabiendo que eso, que es el infinito y el objeto último de la filosofía, jamás lo sabremos del todo), así ese *scire nec scire*, en crítica textual y en crítica de fuentes, consiste en poner las conjeturas, todas las que se quiera, sin limitación, y sean o no *glänzende Emendationen*, en el aparato crítico o donde se quiera menos en el texto que se edita, como meras posibilidades, con todos los grados de la probabilidad, y en formular cuantas propuestas hipotéticas o interpretaciones, también con uno u otro de los grados de la plausibilidad, surjan del ingenio y de la sabiduría, pero sin pretender hacerlas pasar por certezas cuando no lo son, que es el caso más general, no inexcepionable pero muy general, al apartarse de los códices y del tenor de las fuentes.

Y es también, por fin, el amor a la verdad y a la libertad, juntamente con el amor, en nada inferior, a la *belleza* (...παρὰ φιλόσοφόν τε καὶ φιλόκαλον ἄνδρα...), lo que ha conducido y conduce mis investigaciones por senderos las más de las veces poco trillados o vírgenes del todo, por los que pocos, o ninguno, se habían aventurado aquí, ya fuera porque no se atrevían ("no se puede ser tan libre" me ha dicho más de una vez algún que otro compañero), ya porque no apreciaban las infinitas bellezas del mundo clásico, prefiriendo lo más romo, feo o aburrido, ya, en fin, por otros motivos.

Y algunos de esos senderos, como "el más amplio y profundo ámbito de la ideología" y, más aún, la mitología (¿quién había empleado aquí los términos 'mitograffia' y 'catasterismo', ni sabía lo que significaban, quién había

manejado los escolios como fuentes mitográficas, quién conocía de verdad el Preller-Robert y el Gruppe, quién sabía que las Sirenas empiezan a ser mujeres-pez en el *Liber monstrorum de diversis generibus*, y así *ad infinitum?*), son hoy autopistas de frenético tráfico.

Tengo que decir también que un permanente estímulo durante cerca de 40 años fue mi esposa Visitación Serra Irueste, no como colaboradora técnica, sino *vital*, por sus impulsos, su animación, sus múltiples intereses intelectuales y afectivos, muy diversos de los míos en su mayoría, pero que, precisamente por el contraste, fueron siempre un acicate, vivificado siempre por "su alegría y su inteligente bondad".

—*¿Cómo llegó usted a encaminarse hacia la Filología Clásica?*

—Tuve en el Bachillerato, y aun antes, un poderoso estímulo en mi padre, Ayudante de Montes, no latinista pero sí buen conocedor de los nombres latinos, linneanos y postlinneanos, de las especies forestales, y manchego entusiasta del *Quijote*, del buen decir, de la gramática, de la propiedad y belleza del lenguaje: ya antes del Bachillerato, cuando estaba todavía yo en el Grupo Escolar "Cierva Peñafiel" de Murcia (en el que, teniendo yo todavía siete años, al empezar el curso 1931-32, me chocó, y no he sabido bien el porqué hasta no hace mucho, que ya no cantábamos el himno "Es la noble España la sin par nación, en cuyos dominios no se puso el sol" que habíamos cantado en los recreos el curso anterior), ya entonces me hizo mi padre estudiar el *Compendio de la Gramática de la Lengua Castellana* "compuesto por la Real Academia Española para la Segunda Enseñanza", Madrid 1909; y poco después, en los cursos primero y segundo del Bachillerato en el Instituto de Murcia, me ayudaba diariamente a preparar los Ejercicios de Gramática Castellana en el primer curso, y la Lengua Española (Ejercicios, Antología y Gramática) en el segundo, libros ambos de D. Vicente García de Diego, que nos puso como texto su hermano D. Eduardo García de Diego, gran latinista también, pero que a nosotros, del Plan Villalobos en el que el latín empezaba en cuarto curso, nos explicó "Lengua Española" en aquellos cursos 1934-35 y 1935-36.

Y por los mismos años, y aun antes, me hacía también leer mi padre, lector diario de muchos periódicos, pero sobre todo, en casa, de *El Sol*, artículos de Ortega, de Marañón, de Américo Castro, de Unamuno, de Pérez de Ayala, de Araquistáin (en el *Leviatán*), y versos de Lorca (aparte de las caricaturas y chistes de Bagaría, que yo leía y miraba espontáneamente).

Mi primer profesor de Latín fue, en octubre de 1937, D. Laureano Sánchez Gallego, Catedrático de Derecho Romano de la Universidad de Murcia (y a la sazón "Rector-Comisario" de la misma, que estaba sin actividad al-

guna, y su edificio convertido en Hospital de las Brigadas Internacionales), y su primera clase, que influyó decisivamente en mi vocación clásica (y para la que ya estaba yo preparado por haberme aprendido un mes antes lo esencial de la *Gramática de Lengua Latina* del mencionado D. Eduardo García de Diego), empezó absolutamente escribiendo él en la pizarra, y traduciendo y comentando después, el *Graecia capta ferum victorem cepit et artes instituit agresti Latio* de Horacio *epist. II 1.* 156 s. Pocas fueron, no sé por qué, las clases que nos dio después, pero siempre sugestivas en grado sumo, con el *Sic vos non vobis...* y el *Felices Hispani quibus vivere bibere est*, junto al *Excedent alii...* como destacados hitos en mi recuerdo.

Ahora bien, fuera de lo más estrictamente filológico, fue también importantísimo para mí el haber leído íntegramente, a los ocho años de edad, además del *Quijote*, el *Quo vadis...*, en una traducción, creo que anónima, de *El Hogar y la Moda*, y que dejó en mí hondísima huella, tanto en su conjunto como en detalles que nunca olvidaría y después estudiaría a fondo, como los sotadeos *Non te peto, piscem peto...* El griego, en cambio, que no figuraba en nuestro Bachillerato, lo aprendí después, también en los umbrales de otro curso, el primero ya de Filosofía y Letras en Zaragoza, 1943-44, para el que hice en Teruel con el Goñí griego lo que 6 años antes había hecho en Murcia con el D. Eduardo latino. Pero entretanto se había producido una extraordinaria complicación: mi descubrimiento, gradual primero a partir del "Her body sleeps in Capels' monument, / and her immortal part with angels lives" del *Romeo and Juliet V. 1.* 18 s. (vv. citados en MC p. 255), y de súbita y profundísima inmersión después, de la grandeza **intelectual** (insisto en lo que dije antes) de la religión católica (que antes me impresionaba casi sólo por su belleza, por el arte, por la liturgia y las procesiones, por la música sobre todo, y sobre todo la del órgano de la Catedral de Murcia), que me hizo volcarme hacia la filosofía y la teología, juntamente con el latín de la liturgia y el griego y el latín de la Patrística.

Y así fue cómo al empezar Filosofía y Letras en Zaragoza, ya en enero de 1944 (tras perder dos años de formación universitaria por haber empezado Medicina, abandonada tras mes y medio, y haberme obligado entonces mi padre a hacer oposiciones, que gané, al Cuerpo de Ayudantes Administrativos de Estadística, y a permanecer un año en ese servicio en Castellón de la Plana), mi idea era cursar después en Madrid la Sección de Filosofía. Me decidí, sin embargo, al terminar el segundo curso, a cursar Filología Clásica, y en esa decisión influyó D. Vicente Blanco García, cosa que siempre le agradecí, y que no menoscabó mi dedicación, casi simultánea y permanente, también a la filosofía, como a la música y a la historia, aun cuando en estos

dominios yo me considero sólo un aficionado (a pesar de *Humanismo y sobrehumanismo*, de mi edición del *Menón*, y de *Mitología y música*).

—*¿Quiénes han sido sus maestros? Háblenos de ellos.*

—Ya he hablado de algunos. Otros profesores del Instituto de Murcia de quienes aprendí muchas cosas fueron, entre otros, D. Enrique Antón y D. José Andreo en latín, D. Leonardo Martín Echeverría en geografía (sólo en primer curso), D. Gonzalo Suárez en francés, y D. José Sánchez Faba en agricultura (era un entusiasta de Columela, a quien citaba en latín); y antes, en el susodicho Grupo Escolar "Cierva Peñafiel", los famosos "cursillistas" de 1933-34, de quienes, allí, sólo recuerdo dos nombres sin apellidos (D. Eustaquio y D. Rafael), pero que nos comentaban el *Quijote*, Quevedo, y hasta el soneto "Yo os quiero confesar, Don Juan, primero" de Bartolomé (o de Lupercio, todavía no está del todo aclarado) Leonardo de Argensola, y del cual, aunque he recorrido recientemente la bibliografía pertinente (toda la que existe, al parecer), no he encontrado referencia ni explicación alguna para el "ni es cielo ni es azul", que siempre me ha intrigado por sus concomitancias, tanto cronológicas como ideológicas, con Descartes y con Galileo.

Pero mis grandes maestros fueron tres: D. Santiago Montero Díaz, D. José Vallejo y D. Antonio Tovar (este último sólo por el trato con él en su Seminario de Filología Clásica de Salamanca, y en la "redacción" de su Revista *Trabajos y Días*, y ulterior: nunca asistí a una clase suya). Es tanto lo que tendría yo que decir de estas tres personas insignes, que, acabándose el espacio que me ha sido marcado, puesto que todavía quedan otras tres preguntas, me remito a una futura semblanza de los tres.

—*¿Cuáles cree usted que deben ser las notas distintivas del buen profesor universitario?*

—Siendo yo un individualista a ultranza, y amando la libertad como antes he dicho que la amo (la libertad mía y la de los demás; una vez más, no se ama de hecho la libertad propia si no se ama la ajena), no exigiría o formularía yo ninguna condición general para ser un buen profesor universitario, pues hay tantas maneras de ser un buen profesor como buenos profesores hay.

Así, por ejemplo, D. Eloy Bullón, ilustre predecesor mío, muchos años antes, en el Decanato de la Facultad (de Filosofía y Letras, de la que salió el mío de Filología), era un buen profesor universitario, por su copiosa sabiduría, por sus preciosas y continuas sugerencias, por sus magníficas parrafadas en latín instrumental o "familiar", por sus recuerdos de D. Marcelino y de Unamuno; y sin embargo, no era mucho lo que decía de su asignatura de "Geografía de la Antigüedad", ni desarrollaba programa alguno, cosas am-

bas que yo, por el contrario, he procurado casi siempre hacer de la manera más sistemática, y no por eso estoy seguro de haber sido mejor profesor que D. Eloy. Y, del mismo modo, nada más diferente de las clases de D. Santiago Montero que las de D. José Vallejo. Contestando brevemente a la pregunta, yo diría que un buen profesor es el que es capaz de hacer más fácil y armeno el camino a quien sería capaz de recorrerlo por sí solo.

—*¿Cuáles han sido sus mayores satisfacciones a lo largo de su vida académica?*

—Conocer y tratar a las personas que he nombrado anteriormente, a las que yo añadiría el nombre de D. Antonio Pastor, quizás la persona que mejor comprendió y apreció mi conferencia de 1968, en su Fundación, "Valoración ideológica y estética de las *Metamorfosis* de Ovidio" (publicada en el núm. 15 de *Cuadernos de la Fundación Pastor*).

—*Filología Clásica y Cultura Contemporánea: ¿qué le sugiere esta asociación? ¿Qué necesidad tiene la cultura hodierna de la Filología Clásica?*

—Para contestar brevemente a una pregunta que requeriría gruesos volúmenes, repetiré lo que tengo dicho, en uno de los capítulos de mi libro, de próxima aparición, *Silva de temas clásicos y humanísticos*, acerca del magnífico *Comentario a Ezequiel* (en latín: omito aquí el título auténtico) de los jesuitas españoles del siglo XVI (y principios del XVII) Prado y Villalpando: que ante la grandeza de esa obra, por su sabiduría filológica, matemática, polimática, y por sus imponentes grabados, sentimos la pequeñez y miseria de nuestro desdichado siglo XX, ignorante y *machadianamente* harapiento en lo intelectual; y que sólo si se vuelve a saber latín y griego, sólo si la Filología Clásica vuelve a vivificar y fecundar la cultura actual, podrá ésta estar a la altura de los tiempos, es a saber, podrá ser digna de la grandeza que efectivamente tiene en lo tecnológico y científico-matemático.